

MARCO A. BONTÁ

ANA CORTES, ARTISTA Y PEDAGOGA

LA CONOCI en la Escuela de Bellas Artes. Compañera de estudios por aquellos bellos tiempos, entre los años 18 y 20, cuando la juventud estudiosa vivía soñando con hacer de la patria un hogar grato para la prolífica familia chilena y cuando uno de los anhelos esenciales de esa generación, consistía en la urgencia de abrir las posibilidades de la cultura a todos sus hijos, sin diferencia de clases, que les permitiera el acceso a los goces del espíritu, privilegio, hasta entonces, de unos pocos dueños del país, propietarios de sus riquezas y de los múltiples beneficios de la tierra.

Con Ana Cortés, muchachita fina, de silueta ágil, dinámica, de fisonomía sonriente y plena de gracia primaveral, completábamos el grupo de estudiantes de arte, los nuevos entusiastas continuadores de las conquistas espirituales de la magnífica pléyade de pintores románticos, de esos que pintaron por puro amor al arte y que formara el ilustre maestro español Fernando Alvarez Sotomayor; hoy rotulada como símbolo de una época de cambios en nuestra estructura social: "la malograda generación del 13". Fueron los componentes del primer producto valioso que justificó con creces la discutida y melodramática construcción del Palacio de Bellas Artes del Parque Forestal; obra de paciente esfuerzo de una de las voluntades más generosas que tuvo en suerte contar, durante casi tres cuartos de siglo, nuestra vida artística: Alberto Mackenna Subercaseaux, el mal recordado e ilustre hombre público, amante de las artes y verdadero mentor del progreso cultural de la patria.

Eran aquellos años tiempos de ilusión. El arte comenzaba a arraigar en el alma de los jóvenes, tomando formas de camino virtuoso, de porvenir, capaz de dar contenido a la existencia o mejor dicho, capaz de proporcionar una vida digna, sin las privaciones económicas que padecieron nuestros maestros del pasado; asimismo, sin miedo a la falta de estímulos, al abandono de un medio social frívolo que aún no comprendía, en sus proporciones exactas, los valores del arte en la vida humana o en la de los pueblos.

En el Palacio del Forestal, de ostentosa arquitectura, rico en columnas, capiteles clásicos y que hacía poco, no más de un lustro, convirtiera por obra de magia al sector más desprestigiado de la capital, rincón de pobreza y de leyendas poco santas, en un barrio de lujo; ahora, con su presencia monumental, todo ahí parecía transformarse rápidamente en un mundo nuevo, de violento contraste con la fisonomía pueblerina nacional. Una honda impresión nos conmovía haciéndonos pensar que entrábamos a un templo desconocido, cuyos dioses helénicos y maestros parecían hablar de algo grande y extraño que estuviera aconteciendo en el país.

Sí, en efecto, algo importante se gestaba en esos momentos de nuestra vida reflexiva, sobre todo en el pensamiento de los artistas; se empezaba a entender la existencia de un modo distinto, conceptos más profundos acudían a enriquecer nuestra base cultural y desde luego, para los estudiantes de la Academia del Forestal, el arte no podía ser un mero pasatiempo, un simple adorno o elemento superficial para llenar horas de aburrimiento, características de nuestros períodos de agudo diletantismo. Voces como las de Juan Francisco y Simón González, Virginio Arias, Valenzuela Llanos, Carlos Lagarrigue, Richon Brunet y Agustín Undurraga, cimentaban una nueva conciencia profesional, de fe auténtica, grupo selecto de maestros que enseñaban con el ejemplo. Junto a ellos se aprendía a entender el arte con sentido sublimizado, exento de todo vano propósito y sin otra perspectiva que la de alcanzar madurez de oficio, en una consagración honesta para el logro de una personalidad creadora, con orientación y doctrinas espirituales.

Fue a este ambiente de estudio, rico de contenido humano, que llegó un día la risueña y juvenil Ana Cortés. Impulsos positivos, reflejos de sentida emoción y de especial sensibilidad, la habían llevado hasta la Academia de Bellas Artes que, en aquella oportunidad, pasaba por un momento feliz de consolidación de las aspiraciones artísticas del país. Ella debió comprender de inmediato el proceso de cambios que se operaba en este campo de actividades intelectuales que, hasta no hacía mucho, eran, en gran parte, propias de aficionados sin destino. Por eso frente a la nueva realidad fundamental, su clara comprensión la dejó empeñada a perpetuidad en un serio compromiso con el arte. Y, desde aquel otoño de 1919 hasta hoy, no se alejó más de tales preocupaciones, que sus sentimientos puros de artista encontraron allí como finalidad de su existencia.

Sobre el mundo de formas y colores, abundante de imágenes y de fantasías en estilos diversos, nacido de su paleta inteligente, más de una vez soplaron ráfagas de altas y bajas temperaturas; pero nada pudo reducir o desconcertar la salud de sus conceptos. Y si bien sabemos que en nuestra parcela territorial, el camino del arte todavía no es cómodo ni fácil, que a las vicisitudes materiales se agregan apreciaciones contradictorias, que el claroscuro estimativo es parte del entendimiento de los fenómenos formales y la crítica, por lo general, es producto de conciencias comprometidas, o sea, el camino más expuesto a las sorpresas de la aventura, en Ana Cortés, autora de fecunda jornada, no descubrimos en su semblante ni en su moral las inevitables quebraduras, sino bondad y la buena ley de su vocación.

Para tomar una decisión definitiva y dedicar la vida por completo al cultivo de las Bellas Artes, por aquellos tiempos del año 20, se necesitaba coraje; significaba enfrentar serios riesgos, era como hacer voto de abstinencia, de privaciones, máxime si se carecía de medios económicos, de igual manera que en el pasado, no obstante el nuevo y suntuoso Palacio del Forestal con su "mise en scene", su ambiente escolar y la atmósfera de culto que allí se respiraba. Sin embargo, a pesar de tan desalentadora realidad y que todos la intuían, muchos jóvenes artistas de ese período prefirieron no pensar en ello y, actualmente, representan la generación más nutrida de valores de nuestro arte.

De igual modo, sin hacer serias reflexiones acerca del porvenir, nuestra gentil compañera pronto nos dio prueba y ejemplo de su firme carácter para no abandonar sus primeros pasos dados junto a sus maestros Juan Francisco González y Richon Brunet. La artista que había en ella comenzaba a entender los goces y las compensaciones que ofrece el arte a sus cultores de verdad; por consiguiente, su destino estaba trazado.

Así, un día de principios del año 1925 vimos partir a Ana Cortés con destino a París. Iba sola, sin ama de compañía, como acostumbraban viajar las señoritas de entonces; tampoco poseía ni había heredado fortuna. Viviría en la ciudad luz bajo la protección de su padrino, don Alejandro Bertrand, caballero chileno residenciado en Francia desde hacía algún tiempo.

Es posible que en estas circunstancias, cuando los hechos se tornaron más propicios para satisfacer las necesidades de una afición, nuestra joven artista recibiera uno de los impactos poderosos de ese inexplicable sentimiento de atracción que ejerce el puro deleite estético. Y grande debió ser frente a los milenios de arte del viejo continente, porque de inmediato, sin pérdida de tiempo, se incorpora a los trabajos de la Academia de la Grande Chaumier del barrio Montparnasse, visita museos, exposiciones y en compañía del maestro chileno Carlos Isamit, hoy tardío Premio Nacional de Arte, a quien tuvo la suerte de encontrar en París, estudia el gran Salón de Arte Decorativo de ese año. Uno de los torneos de mayor contenido de una época brillante del arte europeo, cuyas rebuscas formales e inventos de nuevos materiales nobles, constituyeron base importante de lo que se ha llamado "arte moderno". Salón que ejerció fuerte influencia en nuestros artistas viajeros y posteriormente, de benéficas consecuencias en el desarrollo artístico chileno.

Ana Cortés trabaja con tesón y ya puede enviar obras suyas al Salón de Artistas Franceses. Es admitida. Buen comienzo y mejor augurio. Luego se da tiempo para un breve viaje a Italia. De regreso, reanuda sus estudios, pero esta vez, en el taller del prestigioso pintor francés André Lhote, donde permanece dos años bajo sus sabias enseñanzas. Aquí estudia las ideas sobre el "constructivismo cezanniano", las teorías formales del "cubismo", el rol de la geometría en la pintura, los elementos de expresión del lenguaje de las formas y las concepciones abstractas de la composición; en general, todos conocimientos técnicos y teóricos en los cuales se basa el lenguaje plástico. En seguida vuelve a viajar, ahora es a Dinamarca, va en busca de

las tierras brumosas y a tomar contacto con las costumbres de la Europa nórdica. Retorna a París y dos pinturas suyas son enviadas al Salón de Otoño, las que fueron admitidas y elogiosamente comentadas por la prensa local. Es el año 1927.

En esta fecha tuve el agrado de encontrarla en aquella ciudad, junto a otra colega nuestra de la Academia del Forestal: Graciela Aranís, talentosa mujer, la bella morena que parecía una maja escapada de algún cuadro del pintor español Romero de Torres; había sido pensionada por sus discípulos del Centro de Bellas Artes. Nunca regresó al país. Allí vive en Suiza trabajando en su pintura y como esposa de un artista serio de origen italiano.

El binomio que formaban estas dos chilenas en París era digno de observar. Todavía las recuerdo en sus afanes, en la dinámica desplegada para investigar en todos los centros donde existía algo que aprender. Tengo presente el taller improvisado, en el cual solían experimentar la técnica del óleo, de la pintura al fresco, foto montaje, "collage", etc.; minúscula pieza de hotel barato, al alcance económico de un pensionado de nuestro Centro de Alumnos de Bellas Artes. Junto a la cama-diván, maderos, arena, cal, cemento, pots, pinceles, cartones y, entre tamices metálicos, medias de seda enredadas o cualquiera otra prenda más íntima de vestir; una especie de bric a brac de mercado de las pulgas. Menos olvido los desayunos que tomábamos en mi departamento de la Av. Mozart, cuando nos citábamos para recorrer en compañía la gran metrópolis; las cremas y los quesos de Francia ejercían sus poderes convincentes. En mis compañeras, mi inexperiencia parisina encontró dos expertos cicerones. Difícil sería hallar mejores; sobre todo mejor conocedor de esa ciudad y sus maravillas que Ana Cortés, porque ella es viajera por instinto, posee una dosis de curiosidad sin límites y siente el llamado a voces de lo que no ha visto. Cualidad poco común que conserva desde sus primeras andadas hasta el presente, pues, nada la detiene, ni la escasez de dinero. Acaba de regresar de su octavo recorrido por las viejas civilizaciones europeas que le atraen de un modo tiránico, y ahí ha permanecido más de un tercio de su vida; peregrinaciones indispensables para satisfacer su inquietud cultural, su necesidad de estar al día, atenta a la evolución del tiempo que pasa demasiado rápidamente. Su retina es un archivo maravilloso de impresiones sagaces y originales, tanto del arte de todas las épocas como de las condiciones humanas contemporáneas.

*

✱

✱

Los acontecimientos políticos del país entre los años 25 y 30, tuvieron para las Bellas Artes algunas consecuencias de orden administrativo y docente, unas de ingrato recuerdo y otras dignas de mencionar.

La vida acelerada y las ansias de las nuevas generaciones de surgir, "pour arriver" como expresan los franceses, interrumpió el curso de nuestra vida

artística que podríamos llamar tradicional. Una verdadera conmoción en el plano de las ideas, al punto que se hizo indispensable buscar otros derroteros más acordes con las necesidades de los tiempos. Había que renovar la Academia poniéndola a tono y en concordancia con las peticiones impostergables de la juventud, impaciente de caminos prácticos, positivos, que dieran mayor seguridad a lo que hasta ese instante constituía el destino incierto de las carreras artísticas.

Para poner en marcha estos propósitos, el Gobierno llamó a Carlos Isamit, artista pintor, músico compositor y experimentado pedagogo de regreso en esos días —fines de 1926—, de largo y provechoso viaje de estudio por el continente europeo. Venía con valiosas experiencias sobre un problema que en Europa también se le daba solución: proporcionar a los artistas oficios paralelos con las artes decorativas.

La primera resolución de Isamit, nuevo Director de la Academia de Bellas Artes, fue crear la Escuela de Arte Decorativo, en ella los artistas nacionales encontrarían nuevos oficios, nuevas técnicas y nuevos materiales para una acción creadora de mayor demanda y consumo en nuestro incipiente mercado de cotizaciones de arte. Además, puso en uso métodos distintos de enseñanza, teóricos o prácticos, sobre el proceso de creación; asimismo, combatió la anacrónica disputa de jerarquías entre “artes menores y mayores”. Bajo el título de “Los siete elementos”, por primera vez se habla de concepciones abstractas y gracias a su influencia, la pintura chilena empieza a evolucionar dejando de ser la copia del natural. Los pintores que tardíamente incursionaron en la “metaplástica”, aún ignoran este interesante ensayo educativo chileno, que preparó y facilitó la comprensión del creacionismo del arte moderno.

Ana Cortés, en el año 1928, es llamada por Isamit a colaborar en este nuevo orden de cosas, ocupando el cargo de bibliotecaria mientras se estructura la recién creada Escuela de Arte Decorativo y, en 1931, una vez cimentada en definitiva dentro del plan que hasta ahora conserva, pasa a ocupar uno de los cargos pedagógicos importantes del programa: profesora en propiedad de la cátedra de “Afiche y Propaganda”.

En la breve historia de estos aspectos de las expresiones formales de corta existencia entre nosotros, hay detalles que pueden ilustrar hasta qué punto desconocíamos el valor de estos oficios y que bien vale la pena consignar, aunque someramente, en la presente ocasión en la que pretendemos bosquejar la personalidad de un valor nacional y su acción educadora en nuestro medio cultural, calificado, con o sin razón, de subdesarrollado.

Las variadas materias que comprende el estudio de las Artes Gráficas, hasta el momento de la fundación de la escuela, hoy llamada de “Artes Aplicadas”, eran desconocidas y faltaba madurez en el ambiente para entenderlas como tal. Sus métodos de enseñanza y sus técnicas se ignoraban, más aún sus medios mecánicos de empleo exclusivo en los procedimientos de creación, tales como el grabado en sus diferentes fórmulas. El afiche, el dibujo de propaganda, el cartel y el aviso lo realizaban aficionados a base de copias de originales extranjeros y a quienes se les clasificaba con cierto

menosprecio: "pintores de letras". Los artistas Otto Giorge, Isaías Cabezón, Ricardo Gilbert, dieron los primeros impulsos al afiche y al cartel con sentido artístico personal; también el que habla trabajó en algunos aspectos gráficos cuando estudiaba en la Academia de Bellas Artes. En efecto, se entendía este tipo de disciplinas, incluso entre la gente del gremio, como algo más bajo que arte menor. De otro modo no es posible explicar que en 1918, un ex presidente del Centro de Alumnos de Bellas Artes, a la sazón artista de prestigio, quien, por un cargo de dibujante de propaganda que desempeñaba el suscrito, creyera menospreciarlo con la siguiente alusión: "empleado de Gath y Chaves"...

Con la iniciación del curso de Ana Cortés, en la Escuela de Artes Aplicadas, los elementos de la gráfica se convierten en estudios serios y organizados. Por eso, la incorporación a las labores docentes de nuestra joven y estudiosa artista, se torna un motivo de enriquecimiento cultural; porque, si bien es cierto que ella volvió al país silenciosamente, sin galardones internacionales, como suele suceder a otros, nos trajo en cambio un conjunto de ideas claras sobre el entendimiento entre el arte y las necesidades de su tierra; mundo suyo huérfano de tradición creadora, opaco y en pleno período de surgimiento. Si no aportó trofeos, de esos que en su consecución se gasta tanto esfuerzo, se pierde tanto tiempo, su mente abierta al pensamiento, exenta de frivolidades, por encima de las pretensiones personales y sacrificando posibles vanidades, comprendió dónde estaba su compromiso de buena chilena y optó, mejor, por traernos conocimiento.

En la eficacia de los procedimientos pedagógicos que profesó durante treinta años, varias generaciones de jóvenes encontraron camino y porvenir, con la seguridad material que la maestra no halló. Varios de sus discípulos, afichistas de prestigio, cartelistas, decoradores de vitrinas o dibujantes gráficos, atesoraron significativos beneficios. En realidad, los tiempos cambiaron en ciento ochenta grados en este último cuarto de siglo. Hoy se puede constatar la diferencia y ver que los esfuerzos empleados en buscar nuevas metas, en el campo de las artes, no fueron en vano. Nuestra artista pedagoga debe sentirse satisfecha del éxito de sus ilusiones educativas de antaño, pues, la semilla sembrada fructificó generosamente. Es el producto de sus alumnos que la escucharon con cariño y con fe, que aceptaron con respeto sus enunciados, sus concepciones que hacían indispensable la inteligencia. Enseñaba a pensar con las formas, a entender los problemas de creación plástica hasta establecer conciencia de que "el arte es una cosa mental". La cátedra de Afiche y Propaganda de Ana Cortés, como todo lo suyo, es trabajo de trascendencia pero realizado en sordina. En la presente ocasión, sería poca generosidad, si no dijéramos que fue ahí, en ese modesto taller de la Escuela de Artes Aplicadas, el lugar de donde emanaron bases para la comprensión fundamentada de ciertos contenidos del arte de los tiempos actuales.

Aparte de la jornada docente, Ana Cortés, es autora de una prolífica actividad pictórica de constante superación, cuya calidad ha merecido el reconocimiento de prestigiados concursos y de nuestros salones oficiales, Obras

suyas son conocidas por múltiples exposiciones en el país y en el extranjero y no le faltan estímulos venidos desde fuera para alentarla en su vida consagrada totalmente, con probidad intelectual, a enriquecer el arte de la patria. Toda su pintura representa un canto bien entendido de chilenidad; porque sus voces no son exclusivas para halagar cenáculos foráneos ni intereses ideológicos, son, más bien, las voces del espectro de su tierra y de sus sueños.

Hoy la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, por acuerdo unánime, la incorpora a sus Miembros Académicos. Es un acto de exaltación por la labor cumplida que a todos, al cuerpo de profesores, a sus colegas artistas, a sus amigos como a sus alumnos, enorgullece y regocija hondamente. La presencia de Ana Cortés Jullian en el seno de la Facultad, desde ahora, se convierte en un ejemplo nuevo que complacerá en su doble mensaje: en la cálida voz de su obra de artista pintora y en la elocuencia de su acción pedagógica. Ella será, además, un motivo permanente de influencia de sus excelsas virtudes, en esta hora trascendente de emancipación espiritual de la mujer.